

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Abandonado por Dios –
sin embargo respondido – Salmo 22

Viejos tesoros redescubiertos

Reflexiones de Georg von Viebahn (1909) versión revisada
(10 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Abandonado por Dios –sin embargo respondido – Salmo 22

Viejos tesoros redescubiertos

Reflexiones de Georg von Viebahn (1909) versión revisada

(10 días)

Día 1

Sal. 22:1-3; Mt. 27:26-31

“Jesús, ahora quiero recordar tu pasión; otórgame del trono celestial espíritu y devoción. Haz parecer a mi corazón la imagen de tu sufrimiento y dolor, los que soportaste para nuestra salvación” (S. von Birken).

En los cuatro evangelios encontramos la descripción del sufrimiento y de la muerte del Señor lo que sucedió en el monte Calvario ante los ojos de los hombres. Podemos “oír” las siete expresiones como “últimas palabras” de Jesús en la cruz (Mt. 27:46; Lc. 23:34.43.46; Jn. 19:26,27,28,30). “Vemos” como Él inclina la cabeza y muere (Jn. 19:30b).

Algunos versículos de los comentarios de la pasión los encontramos casi literalmente en aquellos salmos, que hablan proféticamente del sufrimiento del Hijo de Dios; por ejemplo: “En tu mano encomiendo mi espíritu” (Sal. 31:5a; comp. Lc. 23:46a). “Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa” (Sal. 69:41a; comp. Jn. 15:25).

El salmo 22 en cambio nos permite una mirada al corazón de Jesús y a sus pensamientos, los que le conmovieron en sus sufrimientos y en su agonía, como ningún otro, completando los comentarios de la historia de la pasión en los evangelios. Por eso se denomina este salmo como “salmo de la pasión de Jesús”. Las primeras palabras del salmo “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” ya nos llevan a la profundidad del sufrimiento que el Señor soportó por amor a nosotros en la cruz.

Los hombres hicieron con el Hijo de Dios cualquier cosa, empujados por su deslumbramiento: humillación por escupirle, azotes y ponerle la corona de espinas, tortura con clavos atravesando sus manos y pies. El sol se oscureció. Eran horas oscuras de juicio que le sobrevinieron a Jesús, por medio de quien fueron creadas todas las cosas (lea Col. 1:16).

Jesús, te agradezco por tu entrega.

Día 2

Sal. 22:2,3

“Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46) La palabra “abandonar” en hebreo se la emplea especialmente en el derecho de matrimonio y familia. Debe existir una relación estrecha, íntima, antes de que se pueda hablar de “abandonar”.

Dios quería tener una estrecha relación con los hombres. Por eso eligió a Israel como su pueblo, para poder habitar en medio de ellos. Pero una y otra vez era el hombre el que rompía sin pensar la comunión con Dios y se alejaba de Él (comp. Dt. 29:24-26; Jue. 2:13; Os. 4:10).

Dios se retiraba de su pueblo solamente cuando ellos permanecían en el pecado, a pesar de las permanentes llamadas al arrepentimiento. Entonces ellos tenían que llevar las consecuencias del juicio. Aún así Él no los dejó sin una visión de esperanza para el futuro: “Por un breve momento te abandoné, pero te recogeré con grandes misericordias. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo Jehová tu Redentor” (Is. 54:7,8).

Jesús llevó en la cruz la carga de culpa de cada persona de este mundo. También el pecado de usted y el mío, se habían puesto como separación entre Él y Su Padre. ¡Qué sufrimiento era esto para aquel que era sin pecado y vivía siempre para hacer la voluntad del Padre (Jn. 4:34).

El Hijo de Dios tuvo que quejarse: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Y el grito de Su alma ¡no recibió respuesta!

Porque Jesús soportó este abismal sufrimiento, nosotros sus redimidos, nunca seremos abandonados, ni en el valle de la muerte (lea Mt. 28:20b; 2.Co. 4:9; He. 13:5b).

Señor, te agradezco por tu sufrimiento en mi lugar.

Día 3

Sal. 22:3-5

Se supone que Jesús en la cruz oraba no solo algunos versículos, sino todo el salmo entero. En medio de su tremendo sufrimiento Jesús puso *la santidad y fidelidad de Dios* delante de sus ojos. En sus pensamientos no había ninguna duda. No encontramos en Él nada de murmuración contra los caminos de Dios. “Nosotros estamos propensos de pensar o hablar mal de Dios, cuando su mano pesa sobre nosotros; pero no así el perfecto obediente Hijo” (C. H. Spurgeon).

Con las palabras de David Jesús realzaba a Dios, el Señor, quien habita entre las alabanzas de Israel. • Este Dios era *fiel* respecto a Israel: Él respondía a las oraciones de los israelitas y partía el Mar Rojo delante de ellos (lea Éx. 14). También en los siguientes siglos Él cuidaba más de mil veces a su pueblo. • Este Dios guiaba a Israel siendo el *Santo*: Él les dio buenas ordenanzas, para que pudieran llevar una vida santa (lea Lv. 11:45).

También en el Calvario Dios estaba presente siendo el Dios fiel y santo. Pero cuando Su Hijo – el único justo con una vida completamente santa – colgaba sufriendo en la cruz, se retiró de Él. Nos preguntamos nuevamente: ¿por qué? El justo se encontraba en el lugar del culpable. Por eso Dios le trataba así, como si yo, el hombre pecador, manchado y cargado de culpa, estuviera colgado allí. Su santidad exigía el castigo por el pecado (lea Ro. 6:23).

En Su fidelidad Dios se preocupaba para que Jesús fuera mi santo fiador y sustituto (comp. Is. 53:5). Es una prueba emocionante del amor del Señor hacia usted y hacia mí.

Intangible, íntegro, divino y perfecto era el obrar de Dios, el que amaba a este mundo perdido de tal manera que entregó a su unigénito Hijo, para que Él sufriera y muriera por los pecadores (comp. Jn. 3:14-17).

Señor, te agradezco por tu santidad y fidelidad.

Día 4

Sal. 22:6-8

A la vista de los hombres parecía ser una contradicción que Jesús por un lado afirmaba: “Soy Hijo de Dios” (lea Jn. 10:31-39), y por otro lado colgado en la cruz, desamparado y sufriendo durante las terribles horas del juicio. Si el Señor hubiera sido solo un hombre, teniendo que soportar una sentencia injusta bajo estas circunstancias, cuán profundamente le hubiera dolido la burla de los principales sacerdotes y de los escribas. Pero Jesús estaba consciente de su gloria divina, que había tenido antes de la creación del mundo en la eternidad junto a Su Padre (comp. Jn. 17:5).

Nosotros no podemos entender ni imaginarnos cuán profundamente le tocó esta humillación y lo que significaba la amargura de esta vergüenza para Él. Los que pasaban ante la cruz se burlaban de Él, haciéndole recordar sus milagros y sus palabras con las que había afirmado su poder divino ante el pueblo de Israel (lea Mt. 27:39-43).

Muchos comentarios afirmaron: enfermos se sanaron por Su poder, leprosos se curaron, ciegos pudieron ver y muertos fueron resucitados a una nueva vida. Pero ahora Él era como un gusano, que no se podía defender, al que cualquiera podía pisotear, entregado indefenso a todo y a todos. En el juicio de Dios tenía que permitir que la injuria y la burla pasara sobre su cabeza ante la mirada de los hombres, los que lo despreciaban y desechaban. ¡Qué humillación!

Pero nosotros vemos, que Jesús, en este camino de las indecibles humillaciones, no dudaba, ni con un pensamiento de su corazón, de la obra que debía hacer por la voluntad de Su Padre, ni de Su Padre mismo (comp. Jn. 17:4; Lc. 23:46). De esta manera nos mostró lo que significa guardar la fe desde el comienzo hasta el final.

Por tanto “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (He. 12:2).

Señor, te agradezco por tu humildad.

Día 5

Sal. 22:9-13

Desde la primera hora de nuestra vida el cuidado de Dios vela sobre nosotros. David estaba consciente de esto y encontraba consuelo en este conocimiento (comp. Sal. 139:5,16).

También el Señor sabía que su nacimiento terrenal no lo había separado de Su Padre, sino que desde el primer momento Él podía gozar de la íntima comunión y atención de Su Padre. El conocimiento, de estar desamparado por Dios, como consecuencia del pecado que cargaba sobre Él en la cruz, está en santa coincidencia con el pedido de su corazón: “¡no te alejes de mí!” El Señor veía: ¡no hay ninguno que ayude! A pesar de todo, Él estaba dispuesto a vaciar la copa de sufrimiento hasta la última gota.

Al principio de Su obrar público, Dios le había permitido a Satanás tentar al Hijo de Dios. Al haber pasado cuarenta días y cuarenta noches sin comida y bebida en el desierto, habiendo llegado al punto extremo del aguante de las necesidades humanas, se acercaba el enemigo con las palabras seductoras: “¡Dí que estas piedras se conviertan en pan!” (Mt. 4:1-4). Pero el Señor venció al tentador.

Ahora en la cruz, donde la fuerza física, humana, estaba totalmente agotada y quebrada, el enemigo lanzó el peor ataque, para desviar al Hijo de Dios de Su camino. “¡Sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz!” (Mr. 15:30).

En el salmo 22 se describe a Satanás de manera cubierta en forma de bestia. Él es parecido a los toros, que están dispuestos a destruir al Señor con sus cuernos. También se parece a un león rugiente y rapaz que tiene su boca abierta para atemorizarle.

Pero también en estas horas más terribles, el Señor permanecía obediente a Su Padre, hasta la muerte (comp. Fil. 2:8). Se cumplió totalmente lo que Jesús dijo: “viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (Jn. 14:30).

Señor, te agradezco por tu obediencia.

Día 6

Sal. 22:14,15

“Porque de cierto morimos, y somos como aguas derramadas por tierra, que no pueden volver a recogerse” (2.S. 14:14a). Agua derramada y evaporada por el calor, era en tiempos de David una figura conocida para describir el carácter efímero del hombre. Esta comparación la encontramos en la oración del sufriente. Como el suelo seco y caliente hace evaporar enseguida el agua derramada o la absorbe completamente, de la manera que no quede nada, así se extinguió la última fuerza de Cristo en el horno ardiente del sufrimiento y de la tribulación. No quedaba ni un miembro de su cuerpo que no hubiese sentido los dolores de esta penosa muerte, siendo golpeados y rotos. Como se derrite la cera en el fuego, Jesús sentía extinguirse su interior. Hasta sus entrañas sintió el Señor la angustia de la muerte cercana. “Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar” (Sal. 22:15).

Él se sentía como un recipiente quebrado. La hora se acercaba en la que lo pondrían en el polvo de la muerte. Él, cuya alma pura sufrió todo esto con toda conciencia, era el Santo de Dios, el amor eterno en persona (comp. Mr. 1:24; Jer. 31:3).

En este cuerpo, que de tal manera fue entregado a la muerte, no había ni una pisca de pecado; nada de ira o enojo se encontró dentro de Su corazón. Cuando *nosotros* sufrimos, sufrimos como pecadores, o para ser corregidos o por una prueba, siendo parte de un mundo efímero y pecaminoso. Pero Él sufrió por amor a nosotros, para nuestra salvación, para que entendamos al mirar a la cruz del Calvario, con cuánto amor nos ha amado y buscado (lea Is. 53:3-5; Ez. 34:16; 1.Jn.4:9,10).

Señor, te agradezco por tu amor.

Día 7

Sal. 22:16-18

Notemos la exactitud con la que la palabra profética nos presenta el sufrimiento y la muerte del Hijo de Dios detalladamente: las manos y pies desgarrados, el reparto de su vestimenta y el echar suertes sobre ello, las miradas de sus enemigos sobre Él. (Lea Jn. 19:37; 20:25,27; 19:24; Lc. 23:35-37.)

Sin lugar a dudas el salmo 22 es un salmo de David. Aquel que lee la historia de la pasión con corazón abierto, quedará asombrado ante la realidad que en la Palabra de Dios se describieron alrededor de mil años antes hasta con los más mínimos detalles. ¿Cómo sería posible esto, si las palabras de las Escrituras no fueran divinas, sobreponiéndose muy encima de palabras humanas, y también siendo mucho más elevadas sobre el espíritu de aquellos que la escribieron? “Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan” (Lc. 11:28; comp. Is. 40:8; 2.P. 1:19).

A los ojos de Dios toda esta multitud de enemigos, cuyos esfuerzos produjeron la muerte del Señor, era una cuadrilla de malhechores. Los principales sacerdotes y los fariseos reciben aquí su sentencia divina, aunque ante el mundo pareciesen muy piadosos. Poncio Pilato, sus súbditos y los soldados – aunque fuesen personas honradas – se portaron como “perros”, que el gran enemigo del Señor utilizaba en su lucha contra el Hijo de Dios.

Ellos despojaron al Señor, y le quitaron toda dignidad humana. Su objetivo era alejarlo de la escena terrenal donde Él, el Puro y Santo, no podía ser tolerado.

Completamente insensibles observaron los acontecimientos alrededor de la cruz. Otros echaron suertes por sus vestidos, buscando ganancias personales delante del martirio del Crucificado. ¡Qué cuadro vergonzoso de la inhumanidad del hombre!

Lleno de misericordia Jesús pidió al Padre que les perdone esta iniquidad (lea Lc. 23:34).

Señor, te agradezco por tu misericordia.

Día 8

Sal. 22:19-21

Para Cristo, el Señor, estando bajo la sentencia de la justicia divina, no había ninguna esperanza de redención. Él se vio en la boca del león, como clavado por los cuernos de los búfalos.

Es la descripción figurada de una situación de un hombre al final de su fuerza vital. Para el Señor todo quedó envuelto en la más densa oscuridad, cuando era desamparado por Dios.

Sin embargo, estas horas oscuras de juicio revelaban el latido del corazón de Dios por los pecadores perdidos. Ahora los pecadores no tienen que quejarse: “nuestras rebeliones y nuestros pecados están sobre nosotros, y a causa de ellos somos consumidos; ¿cómo, pues, viviremos?” (Ez. 33:10b).

El que confía en el Señor puede aceptar personalmente la promesa: “seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (He. 8:12; comp. 1.Jn. 2:1,2).

El Hijo de Dios nos ha librado de toda culpa y condenación. Pero, ¡qué camino pesado era para Él! Él exclamó al justo Dios: “Mas tú, Jehová, no te alejes; fortaleza mía, apresúrate a socorrerme. Libra de la espada mi alma”. Literalmente se podría decir también: “libra lo único mío” o “lo más precioso mío”.

Estos conceptos demuestran el valor del alma de un hombre, el valor de la vida humana. Cristo vino para que los hombres no tengan que perecer. Él dio su vida, para que nosotros tengamos vida (lea Jn. 10:27,28; Ro. 5:21; 1.Jn. 5:11).

Con su oración: “Señor, fortaleza mía”, el Hijo glorificó al Padre en aquellas horas terribles, cuando no podía recibir respuesta. Pero después sí, recibió respuesta. Él fue a la tumba, para resucitar luego. No falta ni un mínimo detalle de la perfección de la reconciliación, de la completa victoria sobre Satanás, el pecado y la muerte.

Señor, te agradezco por tu salvación.

Día 9

Sal. 22:22-24

Los principales sacerdotes, escribas y los ancianos pensaban: Dios hubiera permitido esta burla al miserable en la cruz, por despreciarlo, y por eso hubiera escondido su rostro ante Él. Ellos injuriaron: “confió en Dios; líbrele ahora, si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios” (Mt. 27:43). Incluso los que estaban crucificados junto con Él, lo despreciaron de la misma manera (Mt. 27:44).

Pero la verdad era que Dios escuchaba, cuando Jesús clamaba a Él. Este camino pesado, que se originó en el corazón de Dios, era el camino para la salvación, el gozo y la alabanza. Éste era la bondadosa oferta de Dios tanto para la descendencia de Jacob como también para todos los discípulos del Señor, a los que los llama sus hermanos (lea Mt. 12:50).

Aunque los salmos se refieren muchas veces a la historia de Israel, encontramos en ellos el secreto escondido de la iglesia de Jesús. En los libros del Nuevo Testamento, especialmente en los escritos del apóstol Pablo, se nos aclara este contexto (lea Ro. 16:25,26; Ef. 3:8-11).

Las palabras de oración del versículo 22 se refieren a la comunión de los hermanos de la gran asamblea, en cuyo centro debe estar la alabanza a Dios el Padre de Jesucristo.

Llama la atención, que las primeras palabras que dijo el Señor después de su resurrección a María, se dirigían a “los hermanos” y al mismo tiempo le hicieran ver al Padre: “... vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Jn. 20:17).

Este versículo 22 hace ver, dónde encontraremos la “congregación” en perfección: en la gloria celestial. En el centro está nuestro Señor como el Cordero, digno de todo el honor (lea Ap. 5:8-12).

Señor, te agradezco por tu obra redentora.

Día 10

Sal. 22:25-31

En el calendario eclesiástico el suceso de la crucifixión se recuerda el Viernes Santo. Recordamos de manera especial al Señor en su muerte.

Pero los últimos versículos del salmo 22 se ocupan del futuro. Leemos de un “pueblo”, que se dispone para servir al Señor, como respuesta a la obra del Calvario. A este pueblo se confía el anuncio del buen mensaje de la justicia de Dios. Por medio de Jesús, Dios otorgó aquello lo cual nosotros no podemos lograr: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2.Co. 5:21).

Claramente podemos reconocer en los versículos 29 al 31 aquella generación escogida, este sacerdocio real, aquel pueblo santo de su propiedad, que anunciará las virtudes del Señor, que nos ha llamado de la oscuridad a su luz maravillosa (comp. 1.P. 2:9).

Al mismo tiempo David habla aquí de manera profética de la adoración del Hijo de Dios, que se describe más claro, guiado por el Espíritu Santo, en la carta a los filipenses: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:9-11).

Así presenta el salmo 22 por un lado los sufrimientos y las luchas del Hijo de Dios, para el mundo encubiertos, y por el otro lado también la respuesta afirmativa de Dios.

Nosotros vemos en esto el cumplimiento de lo que Jesús habló acerca del grano de trigo: “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere lleva mucho fruto” (Jn. 12:24).

Señor, te agradezco por tu sacrificio.